

de veinticinco años. Más de un cuarto de siglo en el que en España han ocurrido muchas cosas, entre ellas el nacimiento de un arte vanguardista sin par en el mundo. 1962 ya no es 1932 e Hidalgo de Caviedes retorna con su obra de entonces y su obra reciente. Tenemos en cuenta lo que significó en su momento, valoramos su aportación de entonces, pero no podemos obrar de otra manera que juzgándolo desde hoy.

Y para el espectador de hoy Hidalgo de Caviedes se manifiesta como un pintor amable, de marcado matiz ilustrativo (en muchas de sus obras muy cercano a Serny) y con una serie de retratos sociables que tienen más que ver con la habilidad manual que con la verdadera y permanente pintura. No ha favorecido nada a sus últimas obras el cotejarlas en la misma exposición con las realizadas en los años 30. Su pintura actual no sólo es otra, sino que es inferior a aquélla. Se nos aparece como desmedulada, con menos nervio y vigor. Entre el retrato de Regino Sáiz de la Maza presentado en la Nacional de 1936 y los actuales de delicadas damas hay una sensible diferencia poco positiva para los últimos.

De aquella vigorosa manera de pintar de sus juve-

nils años, con ciertas resonancias constructivistas de Sunyer y Picasso, a estas ligeras tintas sobre papel estucado, no hay más remedio que preferir las primeras. Meticuloso, a veces en demasía; correcto siempre, sin perder la compostura, pero sin esa pasión y fuerza que hace atractivamente irresistible otras pinturas aún más imperfectas técnicamente.

En la fábula griega de Heracles (más conocido por el nombre latino de Hércules) hay un personaje que viene ahora a cuento. Es el gigante Anteo, el que guardaba en el Jardín de las Hespérides las doradas manzanas de la juventud. Gigante invencible porque, hijo de la Tierra, su madre le comunicaba nuevas fuerzas cada vez que sus potentes espaldas tocaban el suelo.

Hidalgo de Caviedes ha vuelto a su tierra, a su madre, confiemos en que como al mitológico personaje una nueva fuerza vuelva a renacerle e inunde su pintura de la savia que tal vez la molicie del trópico desgastó en demasía. Se lo deseamos sinceramente, porque su historial de adelantado de la moderna pintura española lo merece.



EL MUSEO DE SANTA CRUZ, EN TOLEDO

Aquella inolvidable Exposición de Carlos V y su época fué el comienzo del rescate. El portentoso edificio del Hospital de Santa Cruz, que el cardenal Mendoza encomendó construir a Enrique Egas y a Alonso de Coarrubias, había quedado gravemente dañado durante el asedio al Alcázar toledano.

La conmemoración carolingia fué el principio, pero ésta hubiera quedado sólo como un gratisimo recuerdo si no hubiese sido por el tesón del actual director de Bellas Artes en rescatar totalmente de la ruina el edificio. Es obligatorio mencionar aquí el nombre de Gratiniano Nieto, porque en justicia lo merece, en la consecución del nuevo Museo de Santa Cruz. Museo que prestigia con su categoría a todos los de España, y cuyo contenido está a la altura extra del edificio que lo alberga, esa increíble arquitectura que mezcla tan atractivamente los elementos góticos, renacentes italianos, mudéjares e isabelinos.

Sólo visitar la portentosa fábrica ya sería estímulo suficiente; más lo es aún al saber que allí han encontrado justo acomodo todas las pinturas y demás objetos artísticos que antes tan lamentablemente estaban colocados en el Museo de San Vicente.

Dieciocho Grecos, quince procedentes del Museo anterior y los otros tres de la Parroquia de Talavera la Vieja, entre ellos la sublime *Asunción de la Virgen* y el no menos portentoso *Coronación de la Virgen*, por vez primera expuesto en la capital toledana. Pinturas de Luis Tristán, el discípulo más directo del cretense toledano. Tapices flamencos. Retablos de muy variadas épocas y estilos. Orfebrería, esculturas de los siglos XVI y

XVII, marfiles, armaduras, objetos de gran interés histórico, como las banderas que llevaban las naves españolas en aquella "gran ocasión" que fué la Batalla de Lepanto.

Todo esto es algo de lo que puede contemplarse hoy reunido en el recién conjuntado Museo, con el cual Toledo se pone a la cabeza de las ciudades museísticas del mundo. Si Toledo es todo él un inacabable museo, para estar a tono con la ciudad precisaba de un Museo tan sugestivo como el que ahora, por fortuna, cuenta ya.

No podemos pormenorizar con detalle todo lo allí ordenado; sólo queremos con estas líneas llamar la atención de los inúmeros admiradores de la ciudad imperial e incitarles

a que visiten este Museo de Santa Cruz, sin igual.

Complemento de las valiosas colecciones pictóricas, es la de muebles renacentistas españoles auténticos (tan en boga hoy en el mundo entero). Un excelente lugar para el estudio de esta manifestación de la austeridad y la elegancia con la que España entendió la manera de amueblar los hogares en los llamados siglos áureos.

Museo este de Santa Cruz que inexplicablemente aún no está en los programas de las agencias turísticas, a las que por lo que se ve les interesa particularmente mucho más llevar a los visitantes a los talleres del damasquinado y a los donde se bordan las mantillas de blonda.



Retablo de Jaime Huguet. Siglo XV.

Pintura de Salvador Dalí.

PINTURA CATALANA EN EL "CASÓN DEL BUEN RETIRO"

Cuarta de las grandes Exposiciones que se celebran en el "Casón" y, naturalmente, después de las de Velázquez, Goya y Berruguete, ésta resulta como más apagada que las precedentes, sin producir aquel impacto masivo.

Nos parece querer abarcar en demasía, en una superficie expositiva no muy grande, una síntesis de la pintura en Cataluña de todos los tiempos. Los contrastes son violentos y, por otra parte, hay períodos de la pintura en aquella región que no interesan más que al historiador, por su casi nula calidad pictórica (como son, por ejemplo, la pintura de los siglos XVII y XVIII).

Hubiese sido más completo y más interesante haber expuesto sólo la pintura románica y gótica, pues de esas dos modalidades sí que se encuentra particularmente rica

Cataluña. O, por el contrario, haber tomado como fechas iniciales las del Romanticismo y haber llegado hasta nuestros días, dando con ello más completa representación a los pintores de hoy (tan parcialmente mostrados ahora y en los casos de Dalí y Miró con obras tan poco difinitorias).

No obstante estos reparos, la exposición de Cataluña nos parece un acierto como norma a seguir y poder ver reunidas las obras pictóricas más importantes de las varias Españas, de las peninsulares y de las insulares. Y aun sería necesario también abarcar a las otras americanas, a las del "más allá".

Con este destino múltiple, el "Casón" tiene asegurada una continuidad de interés en su misión a cumplir en el futuro. Comprendemos que no siempre se pueden obtener exposiciones sensacionales, pero sí procurar que dicha sala magna madrileña no desdiga de todo lo realizado anteriormente.

A la vista está la conmemoración de Zurbarán, que seguramente estará ya programado. ¿No sería también el Casón el marco ideal para una muestra de Arte americano pre-colombino?

Doscientas tres obras procedentes de pintores catalanes, desde el arte del Paleolítico superior hasta las audacias de Tapies. La historia de Cataluña se puede seguir paralelamente reflejada en su pintura, con sus períodos de esplendor y decaimiento. Los grandes siglos medievales, en los que hasta los peces del Mediterráneo llevaban los colores rojo y gualda de los monarcas aragoneses-catalanes. El nuevo renacimiento que supuso la industrialización textil. El esplendoroso momento cultural presente.

Síntesis de todo el vivir industrial y espiritual de unas tierras que aman con pasión el arte, la exposición catalana trae hasta el centro de España un cordial latido que era necesario compulsar.